



Y MAGUARE

Gotas de Historias



YMAGUARE
Gotas de Historias



C R É D I T O S

- Gestión y redacción: Mariel Andersen, coordinadora de Arte Social para el Cambio de Comportamiento del proyecto Y Kuaa.
- Ilustraciones: Gustavo Martínez.
- Redacción y edición: Rebhecka de Lemos, oficial de comunicaciones del proyecto Y Kuaa.
- Corrección: María José Ramos.
- Acompañamiento: Ever Yegros y Liz González, coordinadores de campo del proyecto Y Kuaa.
- Ilustración de tapa y diseño de diagramación: María José Cañete Muñoz (Marijo Kalixien)

One Drop, A·B·C para la Sostenibilidad y Arte Social para el Cambio de Comportamiento son marcas de la Fundación One Drop.

© 2021 One Drop Foundation. Todos los derechos reservados

Año: 2021



*Un homenaje a los abuelos y abuelas de Santo
Domingo y a las burreritas de
Cerro Rokē*



CONTENIDO

Antes de comenzar.....	7
------------------------	---

HISTORIAS DE SANTO DOMINGO

Sentando las bases de Santo Domingo.....	11
Construyendo sus propios caminos	15
La vida en riesgo por el agua.....	19
Un puente entre el ayer y el mañana.....	23

HISTORIAS DE CERRO ROKÉ

De nacientes, pozos y burreras.....	31
Construyendo la escuela	37
La historia se alza como un mural	41
Soy Agente de Cambio.....	47
Siempre hay más historias que contar	53



ANTES DE COMENZAR



“Ymaguare, gotas de historias” compila relatos y anécdotas de las comunidades participantes del proyecto Y Kuaa, narradas por sus protagonistas. Abuelos, abuelas, y otras personas adultas reflexionan acerca de su vida pasada sin sistemas de agua potable. También intervienen voces jóvenes que, tras conocer el pasado de su comunidad, valoran aún más lo que hoy tienen: mejor acceso agua, saneamiento e higiene.

Estos relatos intergeneracionales, animados por múltiples voces y matices, son fruto de encuentros en el marco de procesos de Arte Social para el Cambio de Comportamiento™, de la Fundación One Drop™, realizados en el año 2018 en Santo Domingo, departamento de San Pedro y en Cerro Rokē, departamento de Paraguarí, en el año 2020.

Estos procesos de talleres reunían a usuarios del sistema de agua y miembros de la junta de saneamiento en torno a la creación colectiva de una obra de arte, para motivar la práctica de comportamientos claves en sus comunidades. Estos fueron cuentos y mural respectivamente. Así, este material recoge algunos relatos compartidos en esos encuentros y es también fruto de la colaboración de las comunidades, que abrieron sus puertas para dar a conocer parte de su historia.

Estos relatos contribuyen al desarrollo de la memoria histórica local, desde los relatos orales y el dialogo intergeneracional sobre el acceso a agua potable en las comunidades paraguayas de Santo Domingo, municipio de Choré, departamento de San Pedro; y de Cerro Rokē, Sapucái, Paraguarí. La primera, erigida hace más de 40 años por los mismos hombres y mujeres que hoy nos cuentan su historia. La segunda, una zona rodeada de serranías, rocas y vasta vegetación.

Tal vez, al recorrer estas páginas, y con ellas una parte de Paraguay, muchos lectores se den cuenta de que esta construcción de memoria histórica local no se limita a Santo Domingo y a Cerro Rokê. A lo mejor, es momento de que más personas compartan sus historias, de cambio, de liderazgo, de generación de soluciones en comunidad.

Los autores de estos relatos hacen parte de cerca 64 000 paraguayos que, para diciembre de 2022, accederán sosteniblemente a agua, saneamiento e higiene, y de los más de 32 000 que habrán participado en intervenciones de arte social. Ello, en el marco de Y Kuaa, proyecto ejecutado por la Fundación Moisés Bertoni y el Servicio Nacional de Saneamiento Ambiental (SENASA), en 105 comunidades rurales y cuatro pequeñas ciudades de Paraguay.

Y Kuaa hace parte de Lazos de Agua, programa regional del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), The Coca-Cola Foundation, Fundación FEMSA y Fundación One Drop, con cuyos modelo y enfoque –A·B·C para la Sostenibilidad y Arte Social para el Cambio de Comportamiento (SABC, por su sigla en inglés)– se implementa esta iniciativa. Y Kuaa cuenta también con el financiamiento de BID Lab, la Cooperación Española y el Programa de Reducción de Pobreza del Fondo Especial de Japón del BID.

HISTORIAS DE
SANTO DOMINGO





**SENTANDO
LAS BASES**
de Santo Domingo

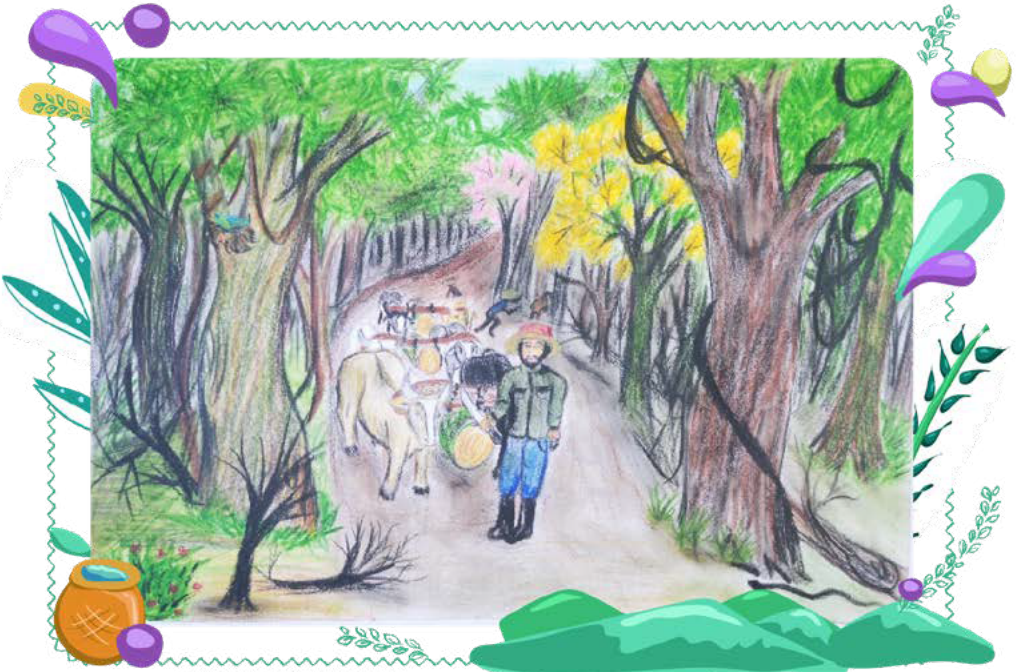


Ilustración: Gustavo Martínez.

“Al principio, todo era bosque y maleza”, cuenta don Antonio, uno de los pioneros que fundaron este poblado, abriendo ellos mismos los caminos. Sin agua ni alimentos, pero llenos de esperanza por encontrar su lugar en el mundo, construyeron sus hogares poco a poco, hace más de cuatro décadas.

Reunidos en una amplia ronda de vecinos, algunos ancianos de la comunidad de Santo Domingo aún rememoran los caminos de la Guerra Grande de Piribebuy; parte de los primeros pobladores son originarios de esa zona, donde ocurrió una gran batalla hace más de 150 años. Desde allí vinieron buscando oro, se dedicaron a la producción de café y al traslado de yerba mate a través de los trenes de la época, esto último estaba aún prohibido.

Don Julio González, uno de los ancianos más mayores de la comunidad, recuerda lo inhóspito del lugar cuando llegó a instalarse con su familia. Antes, vivían en el municipio de San Estanislao; un día, por la mala situación económica que atravesaban decidieron vender su lote y trasladarse a Santo Domingo. En su nuevo destino no existían almacenes ni sitios donde proveerse, solo tártago, que vendían a un guaraní el kilo. Así, pasando por sed, calor y largos senderos, los primeros pobladores de esta comunidad recogían la cosecha para alimentar a sus familias.

“Nos establecimos aquí hace 47 años. No existían rutas y mucho menos asfalto. Nos venía ayuda no sabemos ni de dónde; traían pescado, harina y otros alimentos para fortalecer nuestro establecimiento, porque aquí no había absolutamente nada”, comenta don Julio.

Luego de instalarse, don Julio empezó a trabajar en la cosecha de mandioca. Trabajar en ello era al mismo tiempo endeudarse, debido al bajo precio de venta de este producto. “No podíamos trabajar bien por nuestro lote. Todo era pagar por la mandioca”, recuerda.

Pese a todas las carencias y vicisitudes, los nuevos vecinos de Santo Domingo estaban decididos a levantar su comunidad recién establecida, enfrentando los obstáculos con solidaridad, trabajo en conjunto y muchas ganas de salir adelante. Paso a paso, fueron abriendo caminos, esos que por años recorrerían con baldes de agua al hombro.



CONSTRUYENDO
Sus Propios Caminos



Ilustración: Gustavo Martínez.

Los ancianos de Santo Domingo recuerdan que un lote de 20 hectáreas, en esta comunidad, costaba tan solo treinta mil guaraníes; a ese precio adquirían sus tierras. Los nuevos pobladores iban llegando, erigiendo ellos mismos los caminos, abriendo paso entre la maleza con machetes.

“Nos dividíamos por partes. Yo entré hacia el arroyo Hugua Potĩ”, cuenta uno de los hombres que abrieron esas sendas. Las calles que actualmente cruzan la comunidad fueron trazadas por sus habitantes, esos que hoy tienen la piel menos lisa, los cabellos más claros y varias décadas a cuestas.

Bajo la consigna de que “el pobre se esfuerza y no puede bajar sus alas”, como comentan don Julio y don Feliciano, estas personas

vencieron lo inhóspito y surcaron senderos que les permitieron hacer crecer el poblado, abastecerse de servicios básicos y establecerse como la comunidad que es hoy.

“Levanté una banderola en el bosque para señalar hasta dónde abrir camino, y así quedó el nombre de ‘Picada che compa’ en aquel sitio”, rememora uno de los ancianos. Además de abrir caminos, proveerse de agua también requería mucho trabajo. Aguadas, arroyos y un tanque comunitario eran los sitios en donde se abastecían los pobladores. Entre los arroyos estaban el Hugua Potíme, el Arroyo Choré y unas cinco aguadas que los lugareños compartían con animales que bebían de ellas, como los jabalíes y los mboreví, una especie de tapir.

En ocasiones, algunos colonos brasileños, habitantes de pueblos aledaños, iban hasta allí a repartir el vital líquido. Los habitantes de Santo Domingo llevaban a casa el agua en bolsas de unos cuarenta litros, que, por su peso, acarreaban con palancas. Pese a todo el esfuerzo, el agua no rendía, se les iba entre los dedos, y cada día requería más y más trabajo para combatir la sed. Pero rendirse no era parte del plan.



LA VIDA EN RIESGO
por el agua



Ilustración: Gustavo Martínez.

Si por un lado no era tarea fácil cargar desde el arroyo decenas de litros de agua, tampoco lo era encontrar agua limpia en el tanque de la comunidad. Como permanecía a cielo abierto, caían dentro árboles podridos o morían en él animales. Aún así, todos continuaban bebiendo de su agua.

Tenían otra opción, cuentan los ancianos, hombres y mujeres reunidos en su amplia ronda de vecinos: acarrear el agua en baldes, bidones o bolsas desde el pozo de una antigua fábrica. Eso sí, tenían que recogerla entre las dos y las tres de la madrugada, pues, al pasar las horas, se agotaba porque también llegaban al pozo personas de pueblos cercanos.

“No había carro ni cachapé, cruzábamos a pie, llevando todo a la espalda o con sábanas. Poníamos nuestras vidas en riesgo por el agua”, cuenta Ña Pablina.

Otras mujeres del pueblo recuerdan que a los bebés les daban de beber agua después del tercer día de nacidos. Era el agua de la aguada, que hervían y luego enfriaban. Entre los métodos que utilizaban para curarla y luego beberla estaban el colarla con un trapo o ponerle un poco de yodo. Eran prácticas transmitidas de manera empírica, de madres a hijos, y que tal vez hoy resulten inadecuadas ya que lo ideal es clorar el agua. En cualquier caso, no se ocupaban de los malestares que esto causaba, ya que, según creían, cuando alguien se enfermaba se recomponía con un poco de caña blanca o ruda.

Cuenta ña Gloria que muchas mujeres perdieron a sus hijos de niños por enfermedades o por accidentes; otros bebés nacían ya muertos, por complicaciones de la madre durante su embarazo. Felicia comenta que tiene un hijo con discapacidad debido a una meningitis que padeció, y es por él que lucha hasta hoy. “Dios me da la fuerza para cuidarlo”, menciona.

Como en el pasado, hoy día las mujeres siguen poniendo el mismo empeño en el cuidado de su familia especialmente de los más pequeños. Conjugando los saberes ancestrales con la información científica de nuestros días, aúnan esfuerzos y comparten conocimientos para brindar a los niños lo más adecuado para su salud y crecimiento.



UN PUENTE ENTRE
el ayer y el mañana



Ilustración: Gustavo Martínez.

Lidia Elizabeth tiene 17 años y escucha atentamente lo que relatan las personas de más edad de su pueblo. Ella estudia en el colegio de la comunidad y junto a sus compañeros está presenciando todo lo que cuentan sus vecinos.

No deja de afligirse por las duras épocas que vivieron, y cuán diferente son de su realidad: “ahora las ropas las lavamos en el lavarropas, con el agua de la canilla que cargamos con manguera. Siento dolor al saber cómo ellos vivían antes. A veces los jóvenes nos quejamos y no vemos estas cosas. Es tan grande la diferencia, en algo tan sencillo, como que hoy abrimos la canilla y ya tenemos agua”.

“Para nosotros, el acceso a agua permite una mejor calidad de

vida. Hoy recibo ese beneficio junto a mis hermanos y amigos, pero todavía hay mucho que seguir trabajando”, cuenta.

Los jóvenes empezaron a juntarse y organizarse en la comunidad para promover diferentes actividades, como por ejemplo una obra de teatro, y de esa manera aportar a los cambios que todavía son necesarios. “Seguir lo que se empezó antes de nosotros”, menciona.

Así se entretiene la vida en Santo Domingo, con la memoria, el esfuerzo, la lucha y la esperanza de hombres y mujeres que desde hace mucho han pisado esta tierra; pero también con el compromiso de los más jóvenes, que comprenden el valor de actuar en comunidad y de mejorar el lugar en el que viven. Ellos continuarán abriendo los caminos hacia el futuro, construyendo sobre el legado de los pioneros y las pioneras de Santo Domingo.

A LOS CONTADORES DE HISTORIAS DE SANTO DOMINGO: GRACIAS

- Miembros de la Junta de Saneamiento de Santo Domingo: Adela de Jesús Bernal, Albertano González, Antonia Arrúa, Antonio Ortíz, Bernardo Pérez, Celia Pérez, Feliciano González, Gregoria Ojeda, Julio González Ojeda, Lida Bareiro, Lidia Castillo, Limpia Concepción Picagua, Luisa Ortíz de Martínez, Mabel González, Magdalena Martínez, Sandra Benítez, Sheila Stegen, Wuenselao Jara.
- Miembros del Comité de la Junta de Saneamiento de Santo Domingo: Silverio Picagua, Estelvina Picagua y Fidelina Ríos.
- Presidente de la Junta de Saneamiento de Santo Domingo: Fidel Martínez.

HISTORIAS DE
CERRO ROKË





DE NACIENTES,
pozos y burreras



Fotografía: Rebhecca de Lemos

En Cerro Rokē, también se han reunido personas para conversar y contar sus historias. Todo esto transcurre mientras, codo a codo, los pobladores colaboran para levantar un mural que los identificará de ahora en más y se constituirá en el gran monumento comunitario.

Firme entre los presentes y con gran entusiasmo se encuentra don Amalío, más conocido como don Paíto, uno de los habitantes con más edad de la comunidad de Cerro Rokē. Cuenta que antes, hace muchos años, sus pobladores se dedicaban solo a los trabajos en la chacra, cosechando maíz, algodón y piña. Este último era el cultivo de más valor.

Como la agricultura era su medio de vida, el agua era un recurso

muy importante. “Existían aguadas, de donde la gente se abastecía. Otros tenían pozos. Quienes obtenían agua de las aguadas la cargaban en baldes sobre los lomos de los burros. En su mayoría, eran las mujeres las encargadas de esta tarea”, cuenta don Paíto.

Anastasio, su compadre, nota que hoy día las nacientes de agua ya están débiles y casi no hay arroyos. Ña Pabla, otra de las habitantes de la comunidad, recuerda cómo traían el agua en canastas. “Antes nos enseñaban a bailar con las canastas sobre la cabeza; estas canastas incluso contenían zapallo, maíz, entre otros alimentos. Y bailábamos con eso” rememora.

Sin duda, quienes más experiencia poseían acarreado agua y alimentos eran las burreras: mujeres que vendían productos de consumo, desplazándose en burros. En Cerro Rokē, durante los tiempos en que el ferrocarril de Sapucái estaba en auge, trabajaban más de 200 burreras.

Una vez que el ferrocarril desapareció, también disminuyeron las burreritas. Hoy solo quedan dos de ellas; llevan el sustento a sus hogares en burro, mientras que la mayoría de las personas se desplazan y proveen en camiones y motos.

Don Paíto recuerda cómo rompía la tierra en el rocoso paisaje de Cerro Rokē para construir su pozo. Hace 20 años, aproximadamente, la comunidad empezó a contar con agua potable gestionada a través de la junta de saneamiento que vienen sosteniendo entre los vecinos.

“Para tener agua hicimos un gran conversatorio y cerramos acuerdos, se cavaron las calles desde lejos y se trabajó para construir el sistema con cada poblador. Esto mejoró mucho nuestra calidad de vida; si a veces el agua falta, es solo por desperfectos de los caños, lo cual es solucionable”, cuenta Amalio.



CONSTRUYENDO
la escuela



Fotografía: Rebhecka de Lemos

Observando el mural que hoy recibe a los visitantes de Cerro Roké, don Paíto revela que él fue uno de los pobladores que con sus propias manos construyó la escuela de la comunidad. Con esto querían evitar que los niños y niñas del pueblo tengan que trasladarse a largos kilómetros para estudiar.

“Con el señor Mereles, un vecino de la comunidad, durante una siesta planeamos construir la escuela, ya que no existían instituciones educativas cercanas. Decidimos traer ramas del aserradero, porque las personas de ahí eran nuestros amigos, y el señor Papi Balbuena nos proveyó las vigas para esta construcción”, relata Amalio.

Así, trayendo piedras, cavando, levantando poco a poco los cimientos y sumando la colaboración de cada poblador de Cerro Rokē, don Paíto y sus amigos fueron construyendo este sitio de estudio para los más jóvenes. Dos aulas, a las que se sumaron luego mesas y sillas, constituirían la primera escuela de la comunidad.

Algunos vecinos de la comunidad que colaboraron en dicha construcción fueron Seferino Olmedo, Inocencio Olmedo, Silvino Paredes, Concepción Galeano, Cirilo Rodríguez, Bernardo Rodríguez y Pedrito Giménez, quien cedió el predio.

“Acarreamos piedras, ramas y vigas en carretas, a través de ese camino feo del cerro, estirando con gran esfuerzo. La gente de antes ayudaba mucho, ya que por los cultivos de piña se contaba con muchos recursos”, evoca don Amalio.

Don Paíto deja el lugar en el que está su mente y vuelve al sitio en el que está su cuerpo; contempla de nuevo el mural recién construido en Cerro Rokē, que fue levantado como parte de las actividades de arte social del proyecto Y Kuaa, en el que intervienen los Líderes o Agentes de Cambio.

Dice que le encanta porque nunca vio algo parecido. Tal vez sin percatarse de la magnitud de sus acciones, así como una vez construyó la primera escuela de la comunidad, hoy es partícipe de la construcción de una obra de gran impacto, que los identificará y reforzará el comportamiento del correcto lavado de manos con agua y jabón.



LA HISTORIA SE ALZA

como un mural



Ilustración: Gustavo Martínez.

La comunidad de Cerro Rokē se enorgullece de contar con un hito que los identifica y les dota de un gran sentido de pertenencia: un mural que ellos mismos construyeron.

El profesor Ignacio Antolín Cáceres cuenta que su rol fue convocar a su comunidad para contribuir a esta obra de arte social. “Todos participamos y gracias a eso tuvimos involucrada a una familia de tres generaciones: el abuelo, don Amalio; su hija, Pabla; y su nieta, Isabella”.

Entre bocetos, cinceles, pintura, cemento, espátulas, pigmentos y piedras, instrumentos para construir un mural en la técnica

del esgrafiado, Pabla Gómez, de 55 años, recuerda que antes en esta comunidad el agua se llevaba en burro o carreta desde las nacientes o Ykuas; solo algunos pobladores tenían pozos, y para lavar la ropa debían ir hasta un arroyo.

Asus 16 años, se fue a vivir a Argentina. Volvió hace seis años y se encontró con que Cerro Rokē tenía agua potable y luz eléctrica. “Hay mucha diferencia; ya se cuenta con todos los servicios que años atrás debíamos buscar desde Sapucái o Paraguairí”, relata, refiriéndose a municipios cercanos.

Pabla, acompañada por su padre y su sobrina, forma parte de los Líderes de Cambio que levantaron el mural de Cerro Rokē. En él plasmaron símbolos culturales de su comunidad al tiempo de incentivar al comportamiento de lavarse las manos con agua y jabón; este monumento los convocó a trabajar juntos.

Para cocrear este mural, la comunidad experimentó un proceso de reflexión. En él intercambiaron inquietudes e ideas sobre el lavado de manos con agua y jabón, el rol de las madres a la hora de practicar este comportamiento y cómo el arte social logra movilizar a toda la comunidad en torno al cambio.

Entre tanto, el proceso de creación colectiva los llevó a identificar elementos de cohesión comunitaria y de identidad. Fue así como escogieron al ícono comunitario: el burrito; evocando a las antiguas burreritas, que a la vez son madres que practican el comportamiento, e incentivan a su práctica sostenida.

Hoy el mural está ubicado como portal de la comunidad, representando un recordatorio no sólo del comportamiento, sino del resultado de una movilización comunitaria para el logro de los cambios positivos, que contribuyen a la sostenibilidad de los sistemas de agua, saneamiento e higiene y a una mejor calidad de vida.



SOY AGENTE
de Cambio



Fotografía: Rebhecka de Lemos

Los jóvenes también son esenciales en esta movilización comunitaria, proponiendo nuevas metas y desafíos para la comunidad y adentrándose a una cultura que incluso les era desconocida, ya que algunos no sabían a profundidad acerca del pasado de su territorio. “Me encanta participar de esto porque estamos haciendo algo por la comunidad. Tanto adultos como jóvenes podemos accionar, solo depende de la voluntad de las personas”, menciona Zunilda Chávez, de 21 años.

Edgar David, de 18 años, se siente orgulloso de ser un Agente o Líder de Cambio al ver el resultado de su acción, al haber descubierto una nueva habilidad y al sentir el compromiso de seguir trabajando para la sostenibilidad de los comportamientos relacionados a agua, saneamiento e higiene.

Edgar cuenta cómo trabajó aplicando las técnicas que lo constituyeron en un muralista: “aplicamos la técnica del esgrafiado y utilizamos el óxido para colorear. El mensaje que dejamos es la importancia del lavado de manos, que siempre será relevante a pesar del paso del tiempo. Es bueno hacer algo por nuestra comunidad, como este mural que hoy embellece a nuestra ciudad”.

Los Agentes de Cambio de Cerro Rokē se apropian de sus roles de líderes, plasmando en piedra una imagen y un propósito que permanecerá para siempre.

El mural les recordará cómo han ido creciendo, como personas y como comunidad. Ese burrito pintado en óxido, junto a unas manos llenas de jabón y agua, hará eco de lo importante que es cada miembro de la comunidad en la construcción de su historia, y de cómo la unidad y la movilización les han permitido empoderarse y mejorar sus condiciones de vida.

A LOS CONTADORES DE HISTORIAS DE CERRO ROKĒ: GRACIAS

- Líderes de Cambio de Cerro Rokē: don Amalio Gómez, Pabla Gómez, Ignacio Antolín Cáceres, Zunilda Chávez, Edgar David López.

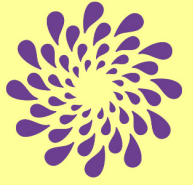
SIEMPRE HAY MÁS HISTORIAS QUE CONTAR

Actualmente, la comunidad de Cerro Rokē cuenta con alrededor de 110 pobladores y Santo Domingo con más de 900. La Junta de Saneamiento de Santo Domingo, que participa del proyecto Y Kuaa, abastece de agua potable a 120 familias. Actualmente, aunque se continúa colaborando para mejorar los niveles y la sostenibilidad del acceso, ambas comunidades cuentan con servicios básicos como agua y saneamiento, además de luz eléctrica y educación.

El proyecto Y Kuaa ha contribuido al fortalecimiento de las juntas de saneamiento y comités de agua, y a la conformación de grupos juveniles que apoyan los procesos de acceso sostenible a agua, saneamiento e higiene en sus comunidades. Asimismo, ha impactado en la sostenibilidad de los sistemas de agua de estas localidades, promoviendo comportamientos como el lavado de manos con agua y jabón en momentos clave, así como el pago de tarifas por el servicio del agua.

Ambas comunidades han participado activamente de procesos de Arte Social para el Cambio de Comportamiento, de la Fundación Onde Drop, como obras teatrales, talleres de títeres, talleres de narración de cuentos y construcción de murales.

Con herramientas para organizarse cada vez mejor, abordando sus propias necesidades, e impulsadas a movilizarse y encontrar soluciones en conjunto, estas comunidades se apropian de sus sistemas de agua, contribuyendo a una gestión y acceso sostenibles a agua, saneamiento e higiene. Juntos, continuarán mejorando su calidad de vida.



**lazos
de
agua**

